

pueda ver bien; de una cuarta de largo, ennegrecida, en la parte delantera un hombre a punto de caer sosteniéndose sobre los brazos extendidos, levantada la cabeza sobre un cuello fino y alargado, transformándose luego, a la altura del pecho, en un monstruo con el costillar como dientes entrecruzados y un lomo filoso de escamas a-pera- montadas unas sobre otras, terminado en una cola de reptil dilatada hacia la derecha, algo más abajo del resto.

—No sé lo que es —dice Esteban.

—Parece un pez —dice Molina—, pero no tiene aletas.

—Pudiera ser.

El agua cayendo del saliente de zinc, empapa las botas.

—¿Voy a conocer qué significa esto? —pregunta Esteban a los prisioneros, como familiar, mezclando portugués y español.

Uno se acerca y observa; los otros miran desde donde están. Luego se vuelven de nuevo al mostrador negando con la cabeza. Alguno dice algo en quimbo, pero ni Esteban ni Molina entienden.

—No creo que pueda dormir ya.

—Para lo que falta.

Delante del almacén, del otro lado del camino, junto a los jeps del Estado Mayor, un pelotón de angolanos vigila.

—Ayerche no se durmió tampoco.

—Isidro está al lado de Aroche; dijo que lo despertará. Mañana hay lienda.

Los angolanos han comenzado a cantar, en una hoja, una melodía monótona, tristana.

—Tampoco tienen sueño —dice Esteban.

—Prestame el aylou, anda.

Esteban se lo quita y siente de pronto el frío de la lluvia porque no lleva abrigo. —Hace rato salió la exploración —dice—; volvió ensanguiada.

—Detrás de mi mochila hay café —le dice Molina cuando ya se va, dando tropeces, tropezando en la penumbra por los desniveles del terreno.

Entre los soldados del pelotón apiñados buscando calor, sobre las capas mojadas todavía, Bento, el angolano que los acompaña desde Biula, le hace espacio.

Esteban apoya la cabeza contra los cargadores del fusil. La reja del arado abre un surco que crece cada vez más acercándose hacia él y luego el surco se llena de un torrente precipitado de donde brotan largas espigas de maíz formando un bosque tupido, antes de que la cabeza del pez sin cuerpo se sumerja entre ellas, en un claro remolino de espumas que se calma en torno a un rostro apergaminado por la pudrición que unas pequeñas figuritas de madera con ojos bei-